

DAVID MAURICIO ADRIANO SOLODKOW. *Etnógrafos coloniales: Alteridad y escritura en la Conquista de América (siglo XVI)*. Frankfurt, Madrid: Vervuert, Iberoamericana, 2014.

En *Etnógrafos coloniales: Alteridad y escritura en la Conquista de América (siglo XVI)* David M. Solodkow examina magisterialmente la representación de las culturas indígenas en los principales textos de la etnografía colonial. Aunque los especialistas en el campo de los estudios coloniales no encontrarán aquí grandes revelaciones, el profesor Solodkow ofrece un minucioso repaso de este tema fundamental que tanto los expertos como los neófitos hallarán altamente provechoso. El libro tiene el potencial de convertirse en una referencia habitual para los estudiosos y estudiantes interesados en la visión del Otro americano que presentan las obras más influyentes para su caracterización como tal. El estudio se divide en siete partes: la introducción, de carácter teórico y meta-teórico, y seis capítulos dedicados cada uno a un tema particular —el origen de los indígenas, la legislación colonial y la paranoia satánica— o a un autor específico —Cristóbal Colón, Bernardino de Sahagún y José de Acosta. Estos últimos se destacan por la concienzuda lectura que hace Solodkow de los textos que mejor reflejan la perspectiva etnográfica de cada uno. Cabe mencionar que *Etnógrafos coloniales* surge de una tesis doctoral, lo que se nota sobre todo en la densidad de la introducción. Varios de los apartados del libro son versiones revisadas de textos previamente publicados.

Tal como se plantea en la introducción, la finalidad del libro es el examen de los mecanismos epistemológicos que sirvieron para caracterizar la otredad étnica, cultural y religiosa de los indígenas americanos y que, de ese modo, permitieron justificar numerosas iniquidades cometidas contra ellos. Aquí, Solodkow destaca acertadamente la desnaturalización producida por el discurso etnográfico y la especie instrumental del mismo. Los capítulos subsecuentes puntualizan plenamente ambos aspectos. El primero hace un repaso de las teorías sobre el origen de los indígenas americanos producidas por autores españoles a lo largo del siglo XVI. Tres secciones rastrean la hipótesis de una ascendencia judía, de la rara noción de que no pertenecían al género humano y, finalmente, de la idea de que importaba menos saber de dónde o cómo habían llegado al Nuevo Mundo que reconocer que también eran descendientes de Adán. Como apunta Solodkow, todas estas teorías desautorizaban de antemano no sólo las cosmogonías autóctonas, sino a los propios indígenas como agentes de conocimiento.

El examen de la etnografía colonial progresa cronológicamente empezando, en el segundo capítulo, con lo que Solodkow atinadamente llama el “caleidoscopio colombino”. Aquí se analizan la construcción arcádica de América y la invención del buen salvaje junto con su contraparte, el caníbal, como discursos que, combinando el deseo con el miedo, promovían y justificaban la conquista. Si bien esta interpretación no es novedosa,

Solodkow aporta una valiosa aclaración al reconocer que las imágenes de los habitantes del Nuevo Mundo que aparecen en los textos de Colón son fragmentarias, ambiguas y contradictorias y que esto es precisamente lo que explica la versatilidad del concepto de “salvaje”, que podía ser aplicado no sólo a distintas poblaciones a lo largo y ancho del continente, sino incluso a los conquistadores por críticos como Bartolomé de las Casas.

El capítulo tres versa sobre la legislación que, basada en informes etnográficos y la tradición clásica, sirvió para sustentar la soberanía imperial española en función de la supuesta inferioridad de los pueblos americanos. Se consideran las premisas etnográficas de los debates en torno a la donación papal de las Indias a los Reyes Católicos, los primeros esfuerzos por reglamentar los términos de la sujeción indígena y la noción de “guerra justa”. En suma, los alegatos sobre la incompetencia de los indígenas para autogobernarse, ya fuera por su salvajismo culpable o por su simplicidad inocente según juicios arbitrarios, valieron para legitimar políticas paternalistas que, con la intención de protegerlos, no hacían sino favorecer tanto su explotación como a su aculturación.

En el cuarto capítulo, Solodkow revisa las “etnografías evangélicas” que identificaron al Nuevo Mundo como el reino de Satanás en la tierra en vista de la desconcertante similitud de algunos ritos indígenas y con el ritual católico. Esto sirvió para acreditar la labor misional pero también excitó la paranoia de los extirpadores de idolatrías y el miedo de los indígenas ante tales persecuciones. Enfocando en particular el caso de la Nueva España, se destacan la importancia de la lengua para poder descubrir, dismantelar y suplantear las creencias indígenas así como los apuros provocados por la interpretación analógica de las mismas.

El capítulo cinco se ocupa por extenso del trabajo de Bernardino de Sahagún. Solodkow critica oportunamente las apreciaciones de la obra etnográfica del franciscano que refrendan su perspectiva eurocéntrica, olvidan los prejuicios que la impulsan y pasan por alto su función disciplinaria, todo lo cual afecta necesariamente la traducción de los informes indígenas que la nutren y que, al ser filtrados por la ideología misionera, terminan contribuyendo al proceso de sustitución cultural. El comentario de cada uno de los doce libros del *Códice Florentino* para reiterar aseveraciones rotundamente demostradas en las páginas anteriores quizá resulta excesivo, pero sin duda es pertinente enfatizar, como lo hace Solodkow a lo largo de este capítulo, que las entrevistas etnográficas de Sahagún eran un mecanismo de extracción y control cultural basado en la relación asimétrica entre el etnógrafo como sujeto investigador y el informante como objeto de la investigación.

Por último, siguiendo la misma línea, el capítulo seis revisita la obra del jesuita José de Acosta que también ha sido acriticamente celebrado por su racionalismo. Solodkow apela a los ejemplos de intransigencia, prejuicio y superstición que se encuentran en los textos de Acosta, cuya discurso refleja la frustración provocada por la persistencia de la idolatría tras décadas de esfuerzos evangélicos. Asimismo arguye que, detrás de una

aparente sensibilidad hacia la diversidad étnica del mundo indígena, se halla el afán de establecer una taxonomía que facilitara un renovado embate evangelizador. Este capítulo y el anterior, dedicados a dos de los más destacados etnógrafos coloniales, son los más enriquecedores del libro al plantear una justa revaloración ética de obras que han sido aclamadas en función de la episteme europea que ellas mismas contribuyeron a imponer en América en detrimento de los sistemas de saber indígenas.

Falta acaso una breve conclusión general no tanto para sintetizar las ideas, suficientemente recaladas en los distintos capítulos, que le dan cohesión al volumen como para resumir rápidamente las consecuencias de la etnografía colonial más allá del siglo XVI y enfatizar su importancia para entender la realidad americana actual, pues el concienzudo inventario que hace Solodkow de los convencionalismos de aquel entonces muestra que todavía quedan muchos por superar.

*Etnógrafos coloniales* puede leerse como una robusta introducción al tema de la representación de la otredad indígena en el siglo de la conquista española de América o como un completo repaso del mismo. Las notas al calce, numerosas y nutridas, apoyan las aseveraciones de cada capítulo haciendo referencia a los textos secundarios pertinentes y funcionan en conjunto casi como una reseña bibliográfica. Además, gracias a los índices analítico y onomástico, este substancioso volumen podrá utilizarse como una útil obra de referencia. Empleando un estilo lúcido y abundantes citas, Solodkow da buena cuenta de las contradicciones y paradojas que generó el afán de identificar a los “indios” occidentales en función de todo tipo de a priori inapropiados que, no obstante, sirvieron para validar su sometimiento. La aportación concreta de este libro es la docta presentación de los autores españoles que a lo largo del siglo XVI se ocuparon sistemáticamente de las etnias americanas y alimentaron con sus obras el discurso de la otredad para avanzar las agendas de los conquistadores materiales y espirituales de este continente con graves consecuencias para sus pueblos originarios.

*West Virginia University*

PABLO GARCÍA LOAEZA

